

Sólo permaneciendo independiente y mostrándose en el fondo más revolucionario que los otros, se puede, por lo menos durante algún tiempo, salvaguardar la autonomía frente al torbellino que, sin embargo, nos arrastrará al fin.

Esta posición podemos y debemos ocuparla en la próxima contienda. No sólo ninguna situación oficial dentro del Estado, sino que tampoco, mientras sea posible, ninguna situación oficial dentro del partido, ningún puesto en los comités, etc., ninguna responsabilidad por los asnos, una crítica implacable frente a todos, y además, una serenidad que ninguna conspiración de los imbéciles pueda hacernos perder. Y esto lo podemos conseguir. En el fondo, siempre seremos más revolucionarios que esos hacedores de frases, porque algo hemos aprendido nosotros, mientras que ellos no han aprendido nada y, sabemos lo que queremos, mientras que ellos no lo saben y después de lo que hemos visto en el curso de los tres últimos años, debemos tomar los acontecimientos con mucho más frialdad que cualquiera de los interesados personalmente.

Por el momento, lo esencial es que publiquemos, sea una revista trimestral donde atacaríamos directamente y aseguraríamos nuestra posición frente a las personas, sea gruesos volúmenes, donde haríamos lo mismo sin necesidad siquiera de mencionar a ninguno de estos puercos. Tanto me da lo uno que lo otro. A la larga y ante la reacción creciente, la primera posibilidad me parece disminuir y la segunda constituir cada vez más nuestro recurso por el que debemos decidirnos. De qué servirán los chismes y las estupideces que toda esta canalla de emigrados puede hacer a tu respecto si tú respondes con tu Economía Política?

Mañana te mandaré la carta para Harney. Entre tanto, salud.

Tu F. E.

Eugenio González

El borrón de la hispanidad

Nunca parten de acá estas iniciativas de protección deprimente. Acá, por el contrario, sólo tenemos para España — y hasta el exceso — manifestaciones de simpatía y consideración. El vano sueño imperial, el recuerdo indiano, la carraspera conquistadora, son equivocaciones peninsulares. España no puede encabezar ningún imperio porque no es potencia en ningún dominio ni material ni espiritual.

LEOPOLDO LUGONES

Hablar de España es como hablar de nosotros mismos.

Cuando España—después de haber dado el tono, durante largos decenios, a la vida europea y de haber definido un estilo para sus creaciones espirituales—iniciaba en la Península el proceso de su inevitable decadencia, prolongaba en las comarcas de Ultramar, con un vigor restaurado por el contacto con las fuerzas primigenias del nuevo paisaje, un gran destino histórico.

Por eso, nada de lo que se refiere a España puede sernos extraño. Las sociedades de arisca fisonomía, que en fecundo estado de barbarie fueron surgiendo y multiplicándose por obra de sus hombres de empresa, estuvieron desde un comienzo impregnadas del espíritu español, vehículo en estas tierras de los valores de la cultura occidental. Pero, tales sociedades no podían ser el mero eco de la vida peninsular; al diferenciarse, en las peripecias de su particular evolución, no hicieron otra cosa que obedecer a ese “diseño de autenticidad”, tan característico de todo lo español.

La Independencia de América, fueren cuales fueren los factores que, en primer término, la determinaron, tuvo sobre todo una significación psicológica; nos separamos de España precisamente por ser españoles; al combatirla, demostramos mejor que de cualquier otro modo ser de su carne y de su espíritu. Luego, empezó España a redimirse en nosotros. Mientras ella languidecía bajo reyezuelos enfermos, roída por una aristocracia de-

cadente y una Iglesia rapaz, relegada a un papel subalterno en la política europea, provincia fronteriza de la cultura occidental, acá en nuestra América daban promisoros brotes sus viejas raíces, anunciando el lento germinar de una conciencia.

España, la España metropolitana, tuvo en su gran época una voluntad ecuménica que se manifestaba en el propósito esencial de incorporar almas a la comunidad cristiana. Los pueblos hispano-americanos han tenido, desde que iniciaron su existencia autónoma, una voluntad de humanidad. Ningún hombre puede sentirse extraño en América. El sentido humano del espíritu español ha alcanzado en nosotros, en virtud de condiciones objetivas especialmente favorables, la plenitud de su expansión.

Por lo mismo que sólo siendo profundamente americanos somos verdaderamente españoles, es decir, fieles a nuestra naturaleza y a nuestro destino, sentimos como un imperativo de conciencia la necesidad de luchar contra lo que tiende a falsear el ser de España, su vital autenticidad. El régimen imperante en España no hace otra cosa a pesar de su insoportable retórica nacionalista. Regresivo, postizo por lo tanto, ha levantado sobre el duro sojuzgamiento de las grandes masas un andamiaje de mitos inoperantes, de los cuales pretende servirse para restaurar situaciones históricas superadas, olvidando en su frenesí reaccionario que el tiempo es irreversible y que la tradición sólo se actualiza en lo que puede tener de incentivo para la creación de inéditas formas de vida.

Así, sus locuaces personeros suelen decir cosas tan pintorescas como estas que aparecieron en el editorial de uno de sus periódicos: "Exigimos las tierras descubiertas y conquistadas por nuestros conquistadores y que nuestros misioneros bautizaron con claros nombres españoles, y que recibirán en breve el honor de reintegrarse a nuestro territorio". Todo ello como expresión de esa "voluntad de imperio" de que alardea el falangismo en su programa confeccionado por bachilleres con lecturas sin digerir. Naturalmente, tales excrecencias periodísticas y programáticas nada tienen que ver con España ni con nosotros. Pertenecen a la

psiquiatría política, tan llena de casos sorprendentes en esta época convulsionada.

No, decididamente, el régimen franquista nada tiene que ver con España y su "hispanidad", es como casi todo lo suyo un mero fraude. La verdadera España, la España consciente de sí misma, sabe que las naciones que creara con su ejemplo de nación de naciones, mientras más se diferencian de ella, más fieles son a su propio designio. Ellas, al superarla, continuarán su voluntad histórica, acogiendo a los hombres de toda la tierra y preparando superiores realizaciones de cultura. La vigorosa fibra que hay en nosotros, los americanos, se manifiesta ante todo, como en los auténticos españoles, por el culto de los ideales humanos y no por una jactanciosa y grotesca aspiración al predominio.

No existe, por cierto, una raza hispánica como realidad biológica, pero sí hay un espíritu español como realidad cultural. Es este espíritu el que, considerablemente transformado por las exigencias de nuestra historia, alienta la vida colectiva de estos pueblos y la mantiene abierta a todas las fuerzas creadoras de la cultura moderna. Es este espíritu, también, el que en la propia España permanece inhibido. No ha de tardar, sin embargo, el día en que ha de recuperar su libertad de expresión y de creación. Entonces, el verdadero hispanismo no estará, como ahora, manchado.